

CAPITULO GENERAL 2017
Quinta Conferencia

Las mujeres, testigos en el corazón del mundo de hoy

La actual coyuntura mundial tiene todas las características de una “catástrofe anunciada”. Algunos la conocen ya, con nerviosismo, como una época de transición. En efecto, no cabe duda de que el mundo salido de la Segunda Guerra Mundial y la Iglesia conciliar que intentó ajustarse a este mundo, están hoy en plena crisis.

La democracia, los derechos humanos y la globalización están inmersos en la tormenta de un sistema que el papa Francisco considera insostenible y que debe terminar. Sí, el mundo se está hundiendo, debido a las escandalosas desigualdades que genera, a su incapacidad de escuchar las verdaderas reivindicaciones de las masas abandonadas a su suerte y de ofrecerles una respuesta inicial.

Pero lo inquietante, tal como señala además el papa, es que estos tiempos de crisis favorecen a los populismos más delirantes. Hitler ha sido elegido en las urnas y está representado en los nuevos líderes del mundo, nos recuerda también Francisco. Lo que considerábamos una hipótesis definitivamente superada, tras el holocausto, vuelve a cobrar vigencia.

Es en este contexto que las mujeres, junto a los hombres, deben ser testigos del Reino de Dios. Me podrían decir que estos grandes movimientos políticos, sociales y culturales que sacuden el planeta no nos incumben directamente. Esta “política de la avestruz” representa una actitud reprochable, la de asumir que la evangelización se desarrolla en un espacio cerrado y aislado. Hay un pequeño Trump que duerme en cada hombre y cada mujer, incluso en nuestras comunidades, nuestros grupos de jóvenes y nuestras parroquias. Yahvé ya advirtió a Caín que había un león agazapado a su puerta, pero que podría vencerlo.

La solidaridad está presente por todas partes en la gran red en la que nos movemos la inmensa mayoría. Estamos invitadas-os a involucrarnos en esta red para asentar en ella los contrapesos del Amor y de la esperanza, del Evangelio.

I Testigos de un drama humanitario sin precedentes

“Las mujeres contemplaban desde lejos”, tal como dice San Mateo, la terrible “justicia” de los hombres. Justicia que se resume en la inapelable frase de Caifás en San Juan: “Es mejor que muera un solo hombre por el pueblo”. A esto habría que añadir: “para mantener el sistema de poder y privilegios políticos y religiosos de una ínfima minoría” edificado sobre la corrupción y la explotación, tantas veces denunciadas por Jesús.

Y, desde luego, ellas contemplaban desde lejos porque la ley patriarcal prohibía a las mujeres estar presentes en los lugares de suplicio. No obstante, una de ellas, dice la Tradición, transgrede esta prohibición. Verónica asume el riesgo insensato de apartarse de la

multitud, para secar el sudor, la sangre y las lágrimas del martirizado. Este gesto, por sí mismo, asegura ya la victoria de la Humanidad sobre la barbarie, como premisa de la victoria del resucitado.

San Juan nos dice, por supuesto, que María estaba al pie de la cruz, algo poco probable históricamente. Pero lo que él quiere mostrarnos, con este ícono de la *Stabat Mater*, es que el lugar de la Iglesia, de los discípulos y las discípulas, se encuentra ahí y no en otro lado.

En muchas ocasiones, en el Evangelio, las mujeres rompen las reglas para acercarse a Jesús, vivo o muerto, buscando “más” vida en él. La cananea que acepta recoger las migas cual perrito excluido del banquete, la samaritana que habla con el hombre, quebrantando la prohibición, para conocer el fondo de sus pozos, e incluso María en Canaán, cuando desobedece frontalmente a su hijo. Todas superan con alegría las fronteras que les son impuestas por su sexo, su raza, su religión o su historia moral, con la certeza de que con Jesús lo imposible se hace posible. Y cada una de ellas transgrede no por su propio beneficio, sino siempre por los demás (las personas invitadas a la boda, los vecinos de Sicar, la pequeña niña al borde la muerte, etc.).

No puedo dejar de recordar aquí a las pequeñas muchachas profetas de nuestros calamitosos tiempos. Pienso en Malala, la adolescente paquistaní que, desafiando la muerte y las vergonzosas prohibiciones de su religión, exigía el derecho de las mujeres a estudiar. Y esa pequeña bloguera de Alepo que, desde su techo, describía lo que veía y denunciaba indescriptibles violaciones a los derechos humanos. Y a tantas otras niñas y niños silenciosos y mártires de su fe, o sencillamente del drama humano en el que están atrapadas-os.

Es ahí, en medio de este fango humano, que se espera a nuestra Vida Religiosa. Si ella rehúsa ensuciarse en este fango muy pronto se convertirá en una mera anécdota marginal y sin importancia. El desafío de la santidad hoy en día es estar “en el Mundo” (agregaría “para el Mundo”) sin ser “del mundo”. Esta ecuación imposible exige que estemos firmemente arraigadas-os en el Espíritu, en la oración, y nutridas-os por relaciones comunitarias evangélicas y saludables.

Pero, es esencial también que renunciemos a compromisos poco significativos y rutinarios, para dar máxima prioridad a los nuevos areópagos de lo que ya hablaba Juan Pablo II. En esta línea, la opción de los religiosos y religiosas de los Estados Unidos de trabajar en lobbies me parece una intuición de lo más asertiva en los tiempos que corren. Debemos salir del patio eclesial e ir al encuentro con el Mundo.

Sin embargo, tal como veremos más adelante, estos nuevos areópagos, son ahora bastante diferentes de aquellos que señalaba el papa Juan Pablo II hace ya más de veinte años. Hoy en día es la sobrevivencia del ser humano la que está en juego, y es ahí donde debemos centrar nuestras fuerzas, incluso al precio de abandonar aquellas áreas bien conocidas y seguras de nuestras pastorales que no tienen un impacto directo sobre esta coyuntura.

Ya no podemos separar la sanación de nuestras comunidades de nuestra responsabilidad misionera. La primera es condición para la segunda. Retomo aquí una intuición que he compartido a menudo con ustedes y que me parece más vigente que nunca: nuestras comunidades deben volver a ser lo que fue la comunidad de Jesús, laboratorios del Reino. Debemos trabajar en nuestras comunidades los prototipos de una nueva Humanidad siguiendo el ejemplo de Jesús, antes de experimentar en nuestros diferentes entornos de compromiso. Por consiguiente, las comunidades construidas sobre los *a priori* mundanos del poder, de la competición y del prestigio, lejos de ser misioneras, solo legitimarán y reforzarán el reino del mal que parece imponerse en la actualidad.

II Testigos de la caída del mundo moderno

El fenómeno Trump en el corazón del imperio (que no sabemos aún adónde podría conducirnos), y otros similares en Gran Bretaña, Polonia, Hungría, etc., nos permiten predecir que se acerca la caída del sistema moderno. Tal como sucede al final de todos los grandes imperios de la Historia, lo que nos espera, evidentemente, es el caos, la pérdida de criterio ético en las decisiones y las relaciones, la banalización de lo intolerable, el triunfo de la mentira descarada en un espacio social decadente.

Esta crisis se corresponde, curiosamente, con un atrincheramiento persistente y agresivo del patriarcalismo y el machismo. No es casualidad que sean las mujeres quienes dan con más vigor la voz de alarma. El mundo del mañana, que debería nacer de entre las ruinas del patriarcalismo, será femenino o no será, por parafrasear la profecía de Malraux sobre el siglo XXI. Debemos referirnos entonces a nuestro anterior trabajo sobre la mujer como portadora del futuro en su propia carne.

Las intuiciones del ecofeminismo, que conecta lo femenino con el Cosmos, es una de esas nuevas prioridades que ustedes adoptan en la actualidad. Debemos salvar la Creación, juntas-o sin duda, pero bajo su inspiración femenina. Ante el revisionismo climático que pretende imponer la arbitrariedad de los más ricos en detrimento de la verdad científica y de la sobrevivencia de nuestro planeta, es momento de levantarnos como discípulas-os del Hijo del Hombre, es decir, de la Humanidad entera.

En esta atmosfera de fin del imperio, la Historia nos enseña que el pensamiento humano retrocede y que la ignorancia (a menudo reprochable y voluntaria) triunfa. El rechazo y el olvido de los logros científicos, filosóficos, políticos y humanitarios expresa la terrible frustración de las personas excluidas. Este rechazo a pensar, en pro de un revanchismo irracional es aprovechado, desde luego, por el círculo de los más ricos.

Estoy, por tanto, convencido de que la educación es actualmente un espacio prioritario para acompañar esta coyuntura. Pero hago enseguida una precisión. Debemos ingresar en una nueva expresión de la fe y del pensamiento cristiano. Nuestro lenguaje religioso y premoderno es muy peligroso bajo estas circunstancias, ya que juega justamente con las categorías míticas que utilizan los nuevos dueños del mundo para explotar la ignorancia

como una fuerza política. Debemos condenar todo intento de mantener a las personas cristianas en los discursos infantiles de sumisión y terror relacionados con categorías antropológicas y cosmológicas obsoletas, distorsionadas y peligrosas (cielo, infierno, condenación, etc.).

Nuestra catequesis, en tal sentido, no debe seguir pretendiendo explicar al Mundo. Por ejemplo, el “creacionismo”, que parece volver a cobrar fuerza gracias a los nuevos amos de la escena política, es una aberración que seguimos utilizando ingenuamente y que ciertos sectores de poder aprovechan para legitimar sus abusos.

Juan Pablo II, al final de su vida, pidió a los católicos que adoptasen la teoría de la evolución y Francisco ha proclamado que el Big Bang no es incompatible con la fe. En efecto, los seguidores de la “postregionalidad” hablan de un nuevo discurso de la fe que busca esencialmente acompañar la urgente búsqueda de sentido en el corazón del Mundo traumatizado. Por este motivo, es conveniente renunciar a “explicar” el mundo y su funcionamiento a través de la religión. ¡Dejemos eso a los científicos e investigadores!

Retomando un concepto muy querido para los sectores de los Estados Unidos que protegen a los inmigrantes, yo reverencio a las comunidades religiosas “santuarios” que acogen y protegen los logros humanistas, y abren un espacio para el encuentro de lo divino con lo humano. Santuarios de un sentido ético, espiritual y humano que debemos preservar, pero sobre todo, construir juntas y juntos.

Olvidemos nuestras recetas prefabricadas, que ya no interesan a nadie, y nuestros catecismos, cuyas respuestas preceden a las preguntas, y pongámonos a construir una Humanidad alternativa, junto a personas creyentes de todas religiones y espiritualidades, y junto a personas no creyentes, siempre que se adhieran concretamente al humanismo que proclamamos, y lo pongan en práctica, independientemente de sus creencias. ¡Qué desafío más enorme y maravilloso! ¡Vaya conversión de nuestros hábitos! Lo que el Espíritu de Jesús suscita en medio de la Iglesia es esto: un mundo radicalmente recreado desde el interior.

Hay quienes hablan hoy en día, en relación con esta coyuntura apocalíptica, de una era “post-Verdad”. Es entonces el futuro de la “Verdad” del Humano (no de una ideología impuesta) la que se encuentra entre sus manos, sí, especialmente entre sus manos, mujeres consagradas, para desbaratar las amenazas que el poder masculino lanza al mundo desde hace milenios. No es casualidad que ciertos sectores patriarcales de la Iglesia hablen de una supuesta “ideología de género”. Ellos saben muy bien que es precisamente de ahí que vendrá el cambio que los amenaza.

Jesús instauró una comunidad donde las mujeres transgredían todos los tabúes masculinos para ocupar el lugar que tenían en los planes de la divinidad desde los orígenes, en total reciprocidad con el hombre. Sí, la revolución que esperamos será femenina.

III Pasar de una evangelización anecdótica a una profecía valiente y eficaz

¿Pero cómo ser testigos en este Mundo urgido, antes de que requiera cuidados paliativos y sea demasiado tarde? ¿Cómo hacerlo si nuestra Vida Religiosa sigue moviéndose en una resignación burguesa y nostálgica? Esa es mi pregunta, la pregunta que les hago y me hago también a mí mismo.

Ya pasó el momento de una evangelización de pequeñas imágenes y anecdóticos cánticos piadosos que nos hablan de una evasión en el más allá o de una ingenua “revolución política cristiana” de nuestra sociedad. Quisiera denunciar la fe como pasatiempo marginal o como ilusión consoladora, para replantear juntas-os nuestras prioridades estratégicas. Es urgente hacer tangible el Reino en el plano de lo que hemos visto y denunciado desde el inicio de este retiro.

El debate está entre ser verdaderamente agentes del cambio, proféticos-as y eficaces, o, por el contrario, arriesgarnos a ser cómplices del colapso moral y espiritual de nuestra Humanidad, si optamos por el estatus quo.

Desde esta perspectiva, ¿qué criterios tenemos para definir nuestras prioridades pastorales y de inserción? La idea es confrontar, nuevamente, todas nuestras presencias y compromisos con el Mundo en espera de Dios, de Cristo y de su Reino, en un contexto completamente inédito con respecto a los años precedentes, e incluso a los años recientes.

El papa Francisco también denuncia, desde el inicio de su pontificado, a una Iglesia autorreferencial. Él habla, en cambio, de sus votos, de una Iglesia “peregrina” (!) en el vasto mundo. Esto aplica también, y quizás sobre todo, a la Vida Religiosa. Debemos abandonar nuestros reflejos autorreferenciales, en especial renunciando a considerar implícitamente la pastoral vocacional como prioridad de nuestro anuncio del Evangelio. Debemos dejar de plantear nuestro servicio en referencia exclusiva a las necesidades de la Iglesia presa de sí misma. El único objetivo, y por tanto la referencia que resume a todas las demás, es el Mundo de hoy, visto como la carne de Cristo crucificado, destino hacia el cual la Iglesia entera se siente enviada.

No podemos, tampoco, limitarnos a ser generosas-os, a sanar las heridas de todo tipo de nuestros hermanos y hermanas. Estos gestos de pura caridad siguen siendo, evidentemente, esenciales e indispensables. Pero si no están integrados a un compromiso más holístico por el cambio, corren el riesgo de ser, precisamente, solo cuidados paliativos y no una verdadera y gran dinámica de resurrección de la Humanidad.

¿Cuáles son entonces estas prioridades para la actualidad? Ya he mencionado algunas, como la reconstrucción ética y espiritual, el trabajo sobre las nuevas cuestiones de género con todos sus corolarios, como la trata de personas, los abusos físicos y psíquicos cometidos contra las mujeres y los menores; pero también la tarea de replantear la moral sexual a partir de los nuevos conocimientos sociales, culturales y científicos, etc. He hablado también de los desafíos climáticos y ecológicos de cara a los riesgos actuales del reduccionismo criminal e interesado.

Debemos, además, hacernos presentes cuando se trata de desafíos más técnicos en el plano intelectual, en los espacios filosóficos, económicos, teológicos y culturales. Esto implica que prioricemos la formación desde todos los ángulos, más allá de lo específicamente religioso. Asimismo, debemos replantear las cuestiones sociopolíticas: derechos humanos, democracia, justicia, respeto a las diferencias.

Es ahí donde el Señor nos espera, en la medida, incluso ínfima, de nuestras posibilidades, sin descuidar, por supuesto, los espacios de asistencia y de caridad inmediatas. Ha llegado el momento de una verdadera toma polivalente de la palabra por parte de las mujeres consagradas en el espacio público, ¡en el sentido amplio y noble de esta expresión!

IV Testigos de esperanza

Pero meter manos y pies en el fango del Mundo no debe hacernos perder de vista nuestra utopía, la intensa dimensión escatológica de nuestra vocación y de nuestros votos. Nuestra esperanza debe volver a ser el motor de nuestra fe.

En medio de las densas tinieblas que nos rodean, dejemos todo miedo, para “avanzar” en medio de la noche, tal como hizo Jesús en Getsemaní, en el Evangelio de San Juan. Lo contrario de la fe no es la duda, sino el miedo. Nada se aleja más del camino que nos traza Jesús a lo largo de su vida.

Pero este miedo, que hemos analizado extensamente con anterioridad, surge cuando no estamos seguras de nosotras-os mismas-os. Para frenar el miedo y el conformismo que este inspira, es necesaria una profunda reconciliación interna. Debemos reconciliar nuestras palabras, a menudo audaces, con nuestras actitudes a menudo tímidas y nuestras acciones a medias tintas.

Ser testigo de la esperanza implica una coherencia de vida arraigada en el suelo fértil de la fe. La Carta a los hebreos lo expresa de forma magistral: “La fe es garantía de poseer ya lo que se espera; la prueba de las realidades que no se ven”. El miedo siembra dudas sobre lo que se espera y conduce a una falta de fe. Pero, por otra parte, una fe que no se abre valientemente al riesgo de la esperanza ya no es fe, sino una mediocre creencia-refugio.

San Pablo nos recuerda, en la primera a los Corintios, que él solo quiere saber de Jesús y de Jesús crucificado. Es esta exclusiva del crucificado la que debería abrir las puertas cerradas de nuestra fe a la aventura pascual de la esperanza. Ser testigo de la esperanza, de un futuro de Dios, posible y verdaderamente diferente para toda la Humanidad y el Cosmos, exige que nos despojemos verdaderamente de todo aquello que esconda el horror del crucificado, único camino de Salvación para el Mundo.

El espacio de Dios es la fragilidad. En ese espacio quiso darse a conocer en plenitud ante nosotras-os. Tal como sucedió con Él, nuestra opción renovada debe volcarse hacia la fragilidad ofrendada, osada, radical y valiente.

Todo esto supone que mantengamos con diligencia las razones para esperar (¿contra toda esperanza?) Tal como ocurre con los atletas que salen al combate y regresan a los vestidores a recuperar fuerzas; tal como ocurrió con David enfrentando a Goliat, es en nuestras comunidades, en sus espacios de oración, diálogo y reconciliación, es en la proximidad y el compartir cotidiano con las personas pobres que esto será posible.

No obstante, puedo escuchar, casi imperceptiblemente, la duda de Jesús: “A su regreso, ¿el Hijo del Hombre encontrará fe?” Sí, es ahí también que Jesús clama en medio de nosotras-os en estos tiempos, tal como lo hizo antes de su muerte. Debemos cultivar, nutrir y hacer crecer una fe adulta, liberada de sus apegos infantiles, en la bella austeridad silenciosa del desierto. Seamos hombres y mujeres de fe para ser testigos de la esperanza.

Simón Pedro Arnold, OSB